

Yo creo que Luisito no ha hecho eso guiado de una mala intención; es más, casi me atrevería á testificarlo. Luisito es un muchacho de excesiva movilidad; pero aunque en sus siete años cuenta con dos roturas de cabeza y se ha podido observar en él lamentable propensión al embuste, yo me inclino á creerle en esta ocasión.

—Júralo Luisito.

—Sí, sí señor; juro que yo no quise herirle cuando le tiré las tijeras.

—Ya sabes que jurar falsamente es una gran falta.

—Juro que fué sin intención.

¡Ea! Ustedes creerán lo que gusten; pero á mí no hay quien me convenza de que por este solo hecho se puede conjeturar en Luisito afición á delinquir, y menos aún instintos criminales. El llanto es un fenómeno fisiológico independiente de la voluntad. Según mi criterio, no dice nada en favor de sus suposiciones que el

muchacho no haya llorado. Es muy posible que él, indiferente en apariencia ante el cuerpo yacente del amiguito herido por su mano, pueda —entiéndase bien,—pueda llorar por cualquier otra nimiedad.

¡Pobre Raúl! Entre las sábanas, su cuerpecito insinúa las blandas prominencias, y en la albura del cabezal una mancha de sangre extiende su roja invasión. ¿Cómo Raúl, tan pálido, tan semejante en el aspecto y en el color á aquella muñeca de *biscuit* que no tenía nada dentro, encierra una sangre más encarnada que las grandes letras que se enlazan sobre la batista del cabezal? Lucía no comprende todo esto. Si no tuviera miedo, se atrevería á poner un dedito sobre los vendajes... pero... ¿y si despierta? Raúl está dormido; su respiración fatigosa le alza irregularmente el pecho y le hace tremar las aletas de la nariz. Por bajo de la cabeza vendada, la cabellera se escapa blonda y sudorosa y la cara, encima de ella, parece más exangüe, casi lívida. ¿Cuándo había ella visto una cara así, muy semejante?... ¿Cuándo?... ¡Ah! En su boca tembló la sonrisa. Ella había visto aquella misma lividez y aquellos ojos medio cerrados, que dejaban descubierto el iris vidrioso y turbio, en

el rostro de la hermana que se llevaron en una cajita, entre flores. Este recuerdo la llenaba de una suave alegría. ¡Qué lindas las rosas, y la casa alumbrada y llena de gentes pródigas y acari-ciadoras, de buenas damas que le regalaban confituras!... Al fin, su curiosidad triunfa de su temor. Subida en las almohadas de su mamá, puede ver al enfermo á su antojo. Cuando ya está cerca de la cama y sus manos se tienden hacia los bordados, de afuera llega un rumor de pasos y de voces.

—Le tienes que pedir perdón.

—Has de decirle que no querías hacerle daño.

—Besarle las manos y arrodillarte junto á él.

—Si no, te llevará el hombre del saco, y además lo mandaremos á decir á tu casa para que te peguen.

—Te castigará Dios si no lo haces.

La madre de Raúl ha tendido hacia el techo su mano santa y afilada. Luisito titubea. Al pasar empuja á Lucía, que se acerca á la cama de su hermano. De pronto, Luisito mira la faz acongojada de la señora y pregunta:

—Y si no le pido perdón, ¿se enfadará usted? ¿Es verdad que ya no volveré á verla?

—Sí; entonces dejaré de quererte.

—Yo quiero pedirle perdón.

Todos van lentamente hacia la cama. En la alfombra el ruido de los pasos se amortigua. Al llegar, se detienen, y la madre, cruzándose con un dedo los labios, se vuelve á los demás para decirles en voz queda:

—¡Chist!... Está dormido.

A la luz fría que suavizan los cristales esmerilados, el enfermito aparece de color de ámbar. Ya no respira dificultosamente; se ha quedado dormido, y ahora es tan tenue su respiración, que en la lechosa claridad es á veces imperceptible.

Lucía se ha subido en los travesaños de un sillón para mirar desde la altura, durante largo tiempo, el rostro exangüe y la cabeza vendada de su hermano. Cuando todos van á retirarse silenciosos, andando hacia detrás, sin dejar de mirar el lecho, ella, con voz tremolada por la emoción, interroga á su madre:

—Mamá, ¿no tiene Raúl la misma cara que tenía Isabel cuando estaba dormida en aquella cajita de flores? Si se llevan á Raúl, ¿le dejarán allí como á ella?

El hipo de algunos sollozos tiembla en la estancia. La señora se desvanece sobre un sillón y todos la rodean diciéndole en voz baja consuelos. Al ruido, el enfermito ha abierto los ojos, asustado. Y Luisito, de rodillas ante la seño-

ra, se ha puesto á regar con sus lágrimas la mano santa y afilada que antes señaló al techo, la mano triste, en una de cuyas sortijas se ha herido un rubí tan gravemente, que ensangrienta con su fulgor el fulgor blanco de los brillantes...

## II

Un zagalón recorre el paseo, llevando sujetos á una vara los hilos que aprisionan muchos globos de goma, azules, rojos, verdes, bicolores, y bajo el sol, las esferas henchidas de gas se muestran brillantes y leves á las miradas infantiles. Del Parque se alza un rumor alegre de risas é incoherencias. Los niños juegan á parodiar los juegos de los hombres, ya simulando ejercicios militares, ya persecuciones de bandidos, ya corridas de toros ó fiestas litúrgicas. Un marinero bruno y nervioso asegura que es diputado como su padre y reprueba la conducta de su hermano, quien prefiere la compañía de las niñas á la de sus amigos. Allá lejos, en una plazuela doselada de fronda, las niñas, cogidas por las manos, forman un extenso círculo movable, y cantan historias ingenuas, que tan pronto dicen el dolor de una infanta bárbaramente tonsurada, como el cruento esperar de la hija peque-

ña de un conde, encendida en el amor de un caballero que nunca llega.

—Lucía, ¿no se ha muerto tu hermano?

—No; papá ha dicho que no se muere.

—¿Tu papá sabe curar?

—Papá lo sabe todo: es rey.

—¡Ah!...

Y se alejan juntas, seguras de que el padre de Lucía es uno de aquellos viejos barbudos y coronados que detonan en las barajas, teniendo á la diestra una copa, una espada gigantesca ó un redondel amarillo que parece un sol.

Ningún niño quiere jugar con Luisito. Todos sienten miedo de él; en sus memorias persiste la visión de Raúl ensangrentado y exánime. El está junto á su niñera, silencioso, hosco, devorado por una cólera que acrece en el silencio y en la soledad, deseando que la pobre mujer, distraída con un soldado donjuanesco que la cautiva con su charla ampulosa y pueril mientras el brillo de sus botones y la argéntea curva del sable se adueñan de la mirada del hermano menor de Luisito, le ofrezca el más pequeño pretexto para desahogar en ella su rencor.

—Deja ya de hablar con ése.

—¿Qué dices, Luisito?

—Que no hables más con el soldado.

—¿Por qué?

—Porque sí, porque yo lo quiero...

La voz de Luisito es iracunda y despectiva. Sus ojos tienen un fulgor de soberbia, y de sus labios, de un rojo húmedo y brillante, surge altivamente una amenaza.

—¡Te acusaré luego á mamá!

De allá lejos, de la plazoleta donde juegan las niñas, llega una confusa algarabía: unas reñan y lloraban otras, porque algunos muchachos, metiéndose violentos é inesperados entre ellas, habíanlas puesto en el trance de romper el vivo círculo sonoro y movable. Sin concluir su disputa con la niñera partióse Luisito hacia el grupo, y ya en él, comenzó á castigar con pescozones á los revoltosos, mientras las niñas premiaban con frases de cándida admiración su heroicidad. Ya volvía á su banco satisfecho, cuando Margarita, una nena raquítica, casi toda ojos negros, negra cabellera y malicia, le llamó para darle de parte de otra amiguita suya un recado.

—Oye: dice Emilia que si quieres ser su novio.

—Dile que no.

—Mira, dice que le gustas mucho.

—¡Qué me importa!

Margarita, un poco asombrada y sonriente, continúa:

—Que la gustas porque traes siempre trajes

bonitos y porque eres valiente. ¿No querrás ser su novio?

—No.

—¿Quieres serlo mío?

—Tampoco.

—¿No te gusto?... ¿Por qué?...

—Porque yo tengo ya novia.

—No importa, tienes tres.

—Sólo quiero una novia, nada más.

—¿Y quién es? ¿Es Julia?

—Es la mamá de Raúl.

—Se lo diré á Lucía; ya verás... ¡Lucía!...

Partió alocada con la noticia, dejando detrás la cauda tenebrosa de su melena, que, luego de ir de uno á otro hombro, cayó pesadamente sobre su espalda.

Por un momento el tirano deber arrancó á las niñeras de aquella emboscada amorosa, alto ejemplo de estrategia militar, y los soldados, al verse solos, se miraron con una mirada triunfante que recorrió de uno á otro banco todo el paseo, satisfechos, románticos: sintiéndose remunerados con aquellas horas de discreteo plebeyo de las penalidades del cuartel.

Ya el día comenzaba á extinguirse y un airecillo sutil pasaba agitador por entre las ramas. Algunos niños empezaron á desfilar, y el paseo se animó con la policromía de sus vestidos, con los

tonos violentos de los uniformes y con el rutilar de los sables y de los collares de monedas. Lucía, Emilia y Luisito hubieron de aguardar á Sarita para ir juntos á ver á Raúl. Sarita marchaba delante con Luis, y detrás seguíanles las niñas y las sirvientas escoltadas por los militares. Sarita, deseosa de que su compañero no fuese malo, como había oído decir en su casa, le interrogó:

—¿Verdad que tú no quisiste matar á Raúl?

—No; fué sin querer.

—Yo lo sabía. ¿Verdad que tú eres bueno?

Luis no responde y ella insiste:

—¿Verdad que eres bueno?

—No sé... No seas tonta... Fué sin querer; ya te digo.

Por el paseo, como una exhalación de metal, pasó trémulo y retumbante un automóvil, dejándolo lleno de olor acre, y de polvo, y de humo. Luisito, queriendo aparecer sabio ante aquella que ya le creía bondadoso, hubo de afirmar:

—Ese automóvil tendrá, lo menos, un millón de caballos.

—Los llevará debajo, ¿verdad?

—No sé, creo que sí.

—Entonces si ese que es grande tiene caballos, uno chiquito que yo tengo y que también anda, ¿qué tendrá?

—¡Yo qué sé!

—¿Tendrá pulguitas?

—Mujer, no seas tonta.

Se detuvieron, porque antes de salir del parque el zagalón vendedor de globos llamó á Lucía para regalarle uno azul, que hizo estallar Luisito punzándolo con un alfiler, y construyó con los fragmentos, por medio de una hábil absorción con la boca, cinco ó seis globitos como los grandes, brillantes y esféricos, pero que no subían. El zagalón le dijo á Lucía luego de ofrecerle el regalo:

—¿Le quieres llevar una carta á tu ama?

—¿Es que quieres que sea tu novia?

—Sí.

Y Lucía, antes de volverle la espalda, le contestó en tono entre desdeñoso y admirado:

—¿Y cómo te va á querer si no eres militar?

Salieron del paseo y durante algún tiempo marcharon por calles populosas, teniendo que detenerse para esquivar los coches, en dirección á casa de Lucía. Ya cerca, al pasar bajo la escalera por donde un obrero se proponía subir para limpiar un farol, Luisito la derribó de un golpe y alejóse velozmente, riéndose, con risa de mofa. El hombre se encaró con el grupo; pero las niñas, aleccionadas por las sirvientas, aseguraron ignorar quién era aquel pilluelo.

Llegados á casa de Raúl, encontraron á Luisito muy serio, sentado á los pies de la cama, presa toda su atención en el cuento de Barba-Azul, que la madre del enfermito iba devanando poco á poco con su voz blanda, clara, insinuante...

### III

Lucía tiene la fea costumbre de inmiscuirse en las conversaciones de los mayores. Anoche, estando de visita en su casa los padres de Luisito, acusó:

—Luisito, ayer, le tiró una miga de pan al profesor y ha dicho en el paseo que tú eres su novia, mamá.

La señora ha dejado oír su risa cromática y fresca, mientras Luisito, como si recibiese de dentro de sí la bofetada con que le amenazan los ojos de su padre, muestra la cara roja bajo la desmelenada melena.

Raúl ha comunicado á las sábanas un estremecimiento convulso, y la señora, cesando de reír, se alza con sobresalto leve, para rectificar el embozo, y al ver la mirada febril de Raúl puesta en ella, una sonrisa sedante y triste ha entreabierto su boca, iluminándola.

—¿Cómo estás, Raúl?

—Mejor, un poquito mejor, señora.

—¿Qué estabas soñando? Has nombrado á Luisito algunas veces y otras á una niña que se llama Leonor.

—Soñaba que habíamos ido á un huerto á co-ger fruta. Un huerto muy grande, con fuentes, ríos y muchos árboles cargados de manzanas y de dulces de confitería. De pronto, cuando ya íbamos á escalar la tapia, un enano, hijo del jardinero, nos azuzó varios mastines enormes, igual que caballos y lanudos como el de la tienda de la esquina. Yo, al verlos, me puse á gritar; pero Luisito los fué cogiendo uno por uno, les arrancó los dientes, y luego de lavarlos bien se los llevamos á Leonor para que jugase á las chinas con sus amiguitas... No sé quién es Leonor.

¡Pobre Raúl! Todavía tiene altísimas fiebres que le producen sueños monstruosos; sueños donde se mezclan las historias de prodigios narrados por la anciana niñera con otros hechos incomprensibles no oídos nunca. Ha soñado que Barba-Azul le había conducido á un castillo con Lucía, dejándoles al marchar una llave igual á la lámpara de Aladino y al zapatito de la Cenicienta: ha soñado que los botines puestos en el balcón una noche que pasaron los Reyes silenciosos y pródigos, y le dejaron dos monedas de plata y muchos bombones, habíanse trocado en las botas de siete leguas, con las cuales podía

recorrer todo el mundo... hasta el Parque y hasta casa de su tía, la pobre, la mamá de Claudio y de René. Ha tenido pesadillas horribles. Otra noche soñó que la puerta se abría con un silencio oleoso y sensible, dando paso al maestro armado de una palmeta descomunal, y otra, hacía muy pocas, que había subido á una torre muy alta para caer desde ella muerto, pero sintiendo mucho dolor. De estos sueños despertábase súbitamente, paralizado por el miedo. Y así estaba durante largo rato, á veces hasta que una claridad azul hacía visibles el montante de la ventana y las junturas de la puerta. Entonces se cubría la cabeza con la sábana, temeroso de algo innominado, de algo cercano y acechante, no atreviéndose ni aun á llamar á su mamá, cuya respiración monótona percibíase con regular intermitencia. En algunas ocasiones hubiera él jurado que un maléfico aleteo muy leve rozaba su cara y dejando las sábanas cálidas permanecía quieto, avizor, estremeciéndose á cada uno de esos ruidos misteriosos, almas de la noche. En las vigiliias, angustiosamente lentas, de su enfermedad, llegó á conocer los timbres de todos los relojes. Sabía que el de San Antón sonaba las campanadas broncas, que quedaban temblando en el aire, cayendo sobre la primera, antes de extinguirse, la segunda, y sobre ésta la

otra, y siempre así. Observó que el de la Catedral tenía un sonido también grave, pero menos duro, y no tan despaciosos los sonos. Raúl comparaba el reloj de San Antón con su padre y el de la Catedral con su abuelo. Había relojes simpáticos: el de las Monjas Reparadoras, que sonaba con un alegre y rápido son, como el vaso fino que gustaba él golpear con el cuchillo. Y el de San Juan también era alegre, y el de Casa Azul, y más aún que todos aquel de los frailes trapenses, del que surgían las doce como un bando de pájaros sonoros, clamorosos, tintineantes, claros lo mismo que un largo temblor de cristal, que le hacían pensar en las mañanas asoleadas y en el Parque lleno de risas, de movedizas aguas y de aromas...

Cuando le dejaba llamar el miedo, encendía su madre la luz; pero la sombra de los objetos puestos sobre la mesa hacía gigante y móvil en la pared, y entonces él mismo apagaba la bujía y se quedaba contemplando sin querer el pábilo candente que dejaba de fulgir, al igual de un ojo ígneo que se fuera cerrando con lentitud, con imponente lentitud.

Raúl no le guarda rencor á Luisito. Desde el primer día que le conociera en el colegio, bajo la mirada fría del profesor y bajo la caña que trazaba itinerarios fabulosos por la mancha azul

del mar, por la mancha multicolor de las naciones y por los círculos negros de las ciudades representadas en el mapa, Raúl sintió cómo el gesto dominador del nuevo discípulo le atraía. Raúl era débil; los niños no contaban nunca con él para jugar á la raya ni para llamar en las puertas, huyendo después y haciendo desde lejos burla al vecino inocente. Raúl gustaba más de hacer barquichuelos de cera y empavesarlos con papel rojo. Tal vez por esta oposición de caracteres Raúl se sintió dominado por Luisito, fuerte, curtido de sol y con una honda arrollada á la cintura, honda que hubo de quitarle el maestro, no sin hacer con este motivo un discurso ininteligible—sermón, decía Raúl—acerca de los instintos belicosos y la negligencia de los padres. Fué Raúl quien espontáneamente acudió á rendirle pleitesía.

—¿Quieres que seamos amigos?

Luisito volvióse hacia su banco.

—Bueno; ¿y qué me darás?

—Te traeré todos los días mi postre y los domingos iremos á jugar con mis juguetes: una escopeta que no mata y un caballo que me pusieron los Reyes Magos.

—Bueno.

—Aquí éstos me pegan. Sobre todo aquel de la marinera azul; es muy malo y es el que puede más.

—Al salir le pegaré.

Y le pegó. Desde entonces fueron amigos. ¡Qué diferencia en su vida de colegial! Ni un solo golpe más. Luisito le mimaba como á un hermano débil, y un día hizo recaer sobre sí una falta cometida por él para eximirle del castigo. Luego algunos niños le acusaron, y al salir, Luisito los dispersó á pescozones, y como huyeran y no encontrase piedras, las aventuras de «Juanito», el catecismo del padre Ripalda y el «Fleury» hendirieron violentos el aire, y luego de dar en las espaldas fugitivas, dejaron llena la calle de su ingenua sabiduría deshojada. ¡Oh! Luisito, aunque rabioso, era bueno. En un momento de ira le tiró las tijeras, pero después había llorado... ¡Llorar Luisito!... Y todas las noches, con permiso de sus papás, á quienes el suceso adverso había hecho amigos de los suyos, venía á sentarse junto á su cama, distrayéndole con historias del colegio ó haciéndole, para que él se complaciese en derribarlas con un soplo, casitas de naipes encima de la mesa.

Eran las nueve. Raúl entreabrió los ojos y vió á Luisito, y á su mamá dormitando en una mecedora, puestas las manos, como dos lirios de cinco hojas, sobre la cabellera olorosa y negra. Súbitamente Luisito se levantó en silencio para acercar á la de ella su cara, fruncidos los labios y

hinchidos de lágrimas los ojos. Agitáronse con rumor las sábanas, y Luisito tornó á sentarse arrebolado, trémulo. De entre las ropas y los vendajes surge una pregunta de Raúl:

—¿Es malo besar á la mamá? Yo la beso mucho; no es malo.

El reloj de pared comienza á sonar la hora luego de un trémolo metálico y sordo. La señora se alza, pasa la perfección de sus manos por la de sus ojos, y dice:

—Vamos, Luisito, te estarán aguardando tus papás... Pero ¿lloras?... ¿Estás llorando?... ¡Mi Raúl no te guarda rencor, Raúl sabe que fué sin querer!...

Luisito mira angustiado al enfermo. Entra con pasos leves una criada. Y en el espacio, las nueve campanadas del reloj de la Catedral son nueve enemigas sonoras que huyen, que tiemblan, que se dilatan y se alcanzan...